

leza y obrar según sus indicaciones. Finalmente, el tercer agente diabólico está representado por la envidia, que crea las situaciones más difíciles al joven príncipe Tenerdank, belicoso y aguerrido en sus campañas y que no siempre las emprende para defenderse de agresiones enemigas. De todas estas asechanzas y peligros se libra el héroe gracias a sus buenas cualidades y al amor; pero antes de lograr el objeto de su anhelo, pasa todavía mucho tiempo, porque si bien es recibido cariñosamente en la corte de los padres de su ama-

da, creen estos deber hacer partícipe de su alegría a toda la nobleza de su reino, a cuyo fin organizan justas y otras fiestas y diversiones en celebración de los desposorios. En efecto, se celebran en toda regla y con la bendición de la Iglesia, pero se deja la boda para más adelante, cuando el novio vuelva victorioso, como se supone, de una guerra que debe emprender contra los turcos.

Esta proyectada campaña contra los turcos figura también en primer término en la obra titulada *Weisskunig*, que no se



Copia de un grabado en madera por Juan Burgkmair, representando al joven Maximiliano aprendiendo la magia negra en presencia de apariciones evocadas por el maestro. Ilustración de la historia del *Weisskunig*

concluyó porque la guerra no se hizo. La primera parte trata de la boda de Federico III, padre y predecesor de Maximiliano I, y de su buena inteligencia con el papa; la segunda refiere la infancia y educación de su hijo Maximiliano, y la tercera, que se dice fué dictada por este último directamente, ó en gran parte, al encargado de escribir la obra, es sin disputa la menos interesante, porque en ella se mezclan confusamente la verdad y la fábula y se desfiguran tanto los hechos históricos que ni con el auxilio de los comentarios se pueden conocer ni mucho menos fijar. Las dos primeras partes, si bien carecen de originalidad, describen por lo menos sucesos que arrojan una luz clara sobre la educación y enseñanza de los príncipes en aquel tiempo y sobre el genio é índole de Maximiliano en particular, y no son menos interesantes que el texto, los hermosos grabados en madera debidos al buril de Juan Burgkmaier, que no fueron publicados hasta el año 1775, después de 244 años de haber muerto su autor. Por estos grabados vemos que el joven Maximiliano tuvo también maestro en la magia negra, en la ciencia de

la guerra y de gobierno así como en todos los ejercicios corporales. En una conversación que en el libro tiene con su padre, da á este pruebas de lo que ha aprendido en la ciencia oculta y de las ideas que se ha formado del arte de gobernar Estados, arte que se funda, según él, en cuatro condiciones capitales: el conocimiento de la omnipotencia de Dios, el de la influencia de los astros en los destinos de los hombres, el de la gran bondad en el ejercicio del gobierno y el de la gran energía en el uso del poder. El resultado del exámen fué tal que el padre de Maximiliano, ó sea del héroe del cuento, quedó completamente satisfecho y el autor biógrafo, ó sea el secretario encargado de la redacción, admirado.

La jactancia que se manifiesta en estos dos trabajos se observa también en los que el emperador encargó al citado artista grabador, á Alberto Durero y á otros. El arco y el carro triunfal grabados en madera por el primero, son obras destinadas á dar al lector una idea del poderío y magnificencia del emperador, lo mismo que los dos cuentos. Unos

y otros llevan el sello original de su época, es decir, del Renacimiento. En el grabado del arco triunfal hay una inscripción redactada por Juan Stabius, consejero, geógrafo é historiador del emperador, que dice que «esta puerta de honor» fué erigida por el emperador Maximiliano á ejemplo de los arcos de triunfo que en tiempos antiguos se elevaron á los emperadores romanos en la ciudad de Roma, y de los cuales algunos han quedado destruidos y otros se han conservado. Para la procesion y carro triunfal dió las disposiciones el docto Wilibaldo Pirkheimer, siendo una de ellas la corona de laurel en cada una de cuyas hojas estaba escrito el nombre de una cualidad del emperador, por orden alfabético, concluyendo esta especie de índice de méritos con las palabras victoria y virtud.

Para todos estos trabajos era indispensable el concurso de artistas y de personas doctas, cuyo mérito era el emperador el primero en reconocer, diciendo que «ellas deberían gobernar en lugar de ser gobernadas, y que á ellas correspondían las mayores honras, porque Dios y la naturaleza las habían distinguido de todos los demás hombres.»

A pesar de haber sido tan pródigo en conceder los honores de la coronación solemne á tanto poeta, no tuvo afición á las poesías latinas, porque conforme se habrá inferido de todo lo dicho, su índole, más seria y más práctica, le impulsaba á las ciencias positivas, y en primera línea á la geografía é historia, principalmente de su casa y de sus Estados hereditarios y particulares. A este fin mandó hacer averiguaciones en las diferentes provincias, lugares y archivos, construir árboles genealógicos, catálogos de monedas y medallas, y hasta tuvo el proyecto de formar una gran colección de objetos y de copias, modelos y dibujos de monumentos de la Edad media para servir á la historia de aquella Edad, especialmente en la parte referente á la Alemania, idea que solo se ha realizado á mediados de nuestro siglo. Admirables fueron el celo y la actividad que el emperador desplegó en estos trabajos, inspirados por el amor que tenía á su familia y por la conciencia de lo que debía á su categoría elevada. Mandó copiar cuidadosamente las crónicas de los antiguos condes suevos y de sus diferentes ramas, que existieron antes de los condes de Habsburgo, y por supuesto averiguar los nombres de estos condes anteriores al que fué el rey Rodolfo. A estas genealogías de su raza y de las ramas ilustres, porque de gente de menor categoría no se cuidó siquiera, y á la relación de las contiendas y arreglos entre los soberanos, se limitaba la historia á los ojos de Maximiliano y de todo el mundo, alto y bajo, no solamente en aquel tiempo sino hasta muy recientemente.

Los demás príncipes alemanes, que en los asuntos públicos procedían con tal independencia que más de una vez pusieron en peligro la seguridad del imperio, y en ocasiones se declararon hostiles á la autoridad imperial, no entendían nada de estudios de humanidades, y si toleraban su enseñanza y escuchaban los discursos, poesías laudatorias y declamaciones altisonantes de algún poeta ú orador á quien permitían vegetar en su corte, para imitar á los soberanos extranjeros más cultos, lo hacían sonriendo como si oyeran bufonadas. Algunos, sin embargo, había que tenían disposición para apreciar la instrucción y aun las ciencias, como los príncipes electores de Brandeburgo y del Palatinado. El primero estaba en correspondencia con Juan Trithemius ó Trithemius, del cual ya hablamos en otro lugar, y era gran protector de la instrucción, como que fundó la universidad de Francfort del Oder, la primera en el electorado. El elector palatino tenía un carácter independiente y no se dejaba imponer por nadie. Sin inclinarse ante la curia romana, y sin

EL RENACIMIENTO

ser tampoco adversario de los papas, procedía según le convenía y podía; protegía la instrucción, sabiendo que así aumentaría el número de personas ilustradas, á pesar de contrariar de este modo los deseos de la corte de Roma; y como él había también algunos otros, como el duque Everardo de Wurtemberg, el príncipe elector de Sajonia, Federico, llamado el Sabio, y Alberto V, elector de Maguncia.

Ante los restos mortales de Everardo, duque de Wurtemberg, dicen que exclamó el emperador Maximiliano: «Fué



Sepulcro de Everardo el Barbudo, en la colegiata de Stuttgart

este un príncipe con quien no se puede comparar á ninguno en todo el Sacro Imperio Romano en cuanto á inteligencia y saber.» En vida ya le había concedido el mismo emperador en la dieta de Worms el título de duque, en el año 1495. Otra prueba de que Everardo, que vivió desde 1445 hasta 1498, merecía esta distinción y los elogios que hacían de él los humanistas alemanes, y hasta los italianos, tenemos en el hecho de que Marsilio Ficino le dedicó y remitió su libro sobre el sol, en cuya dedicatoria le decía: «Como el sol entre las estrellas, así brillas tú entre los príncipes alemanes.» Habíanle conocido Marsilio y otros autores italianos en un viaje que hizo á Roma en 1482, en el cual se detuvo también en Florencia para hacer una visita á Lorenzo de Médici y á su familia. En Alemania, y principalmente en sus Estados, era apreciado por haberlos consolidado y unificado

18

por medio de acertados convenios; por haber aumentado su seguridad exterior con la liga de Suabia, y afianzado el órden interior; por haber creado una universidad en Tubinga, y finalmente, por su afabilidad y liberalidad para con los varones de ciencia y los poetas. Su educacion científica era muy incompleta, y el maestro que le enseñó escribió en sus cartas: «No pude hacer de él un latinista, porque sus tutores decian que ya bastaba que supiese leer y escribir en alemán.» Everardo no se contentó despues con tan escasa instruccion y la completó todo cuanto pudo estudiando las traducciones de los autores que no sabia leer en la lengua original. De esta manera llegó á conocer á fondo la Biblia, leyó los escritos agrícolas de Columela, los de medicina de Pedro de Argellata y los ejemplos de los siete sabios de la antigüedad; estudió á Titio Livio, Salustio, Josefo, Ciceron y Demóstenes, y si no estudió los poetas, no fué por repugnancia sino por falta de una persona idónea que le resolviera las dificultades que ofrecen estos autores. Mucho le gustaba la lectura de obras recreativas, á las cuales ya habia sido aficionada su madre, entre otras, las fábulas de Esopo, traducidas por un súbdito suyo, Enrique Steinhövel; las novelas de Bocaccio, traducidas por Nicolás Wyle, que dedicó algunas al mismo Everardo de Wurtemberg, y otras traducciones del mismo autor, de diferente índole, como polémicas y tratados políticos y religiosos, la historia amorosa de Eurialo y Lucrecia, por Eneas Silvio, y sobre todo una coleccion de cuentos chistosos. Esta coleccion fué formada por Agustin Tunger, que entonces tenia treinta y un años, hombre educado en el estudio de las humanidades, pero que no compiló su obra con el objeto de enseñar á Everardo, al cual, por supuesto, elogia como era debido, aunque, segun él mismo dice, no le gustaban al duque los elogios. Los cuentos y chascarrillos figuran ocurridos en los dominios de este ó en las tierras limítrofes, y no tienen mas pretension que la de hacer reir á costa de labradores, mujeres y clérigos, como en aquella época era costumbre. Los rústicos con su simpleza engañan á veces á los ladinos; los perversos vencen con su astucia al hombre de buena fe y ajeno á la picardía, y las mujeres son, por lo general, vanidosas, dadas al lujo, infieles y sensuales; y aunque el autor no niega que tambien hay mujeres buenas y fieles, apenas figuran estas en sus cuentos, y aun entonces les lanza algunas indirectas maliciosas. Ridiculiza á los clérigos por inmorales y explotadores indignos, que á veces encuentran su castigo en el mismo mal que quieren hacer á otros. Para burlarse de su ignorancia habla de un sacerdote al cual el sacristan, que no sabia una letra, tenia que enseñar en el misal los pasajes que habia de cantar. Los critica tambien diciendo que imponen á los fieles muchas penitencias mientras ellos se entregan impunemente á todos los vicios, y reventando de soberbia fingien modestia para obtener puestos elevados y atrapar una prebenda tras otra, siendo malísimos administradores y amigos ingratos y orgullosos cuando han conseguido lo que anhelaban. En el fondo Tunger es moralista, como tantos otros humanistas de su tiempo, pero mejor que los demás y uno de los menos supersticiosos á la par que patriota, porque si por un lado combate en sus cuentos la tendencia á pleitear y se rie de la creencia en ensueños y otras supersticiones, por otro ensalza la honradez de los alemanes, sus conciudadanos, que contrasta con la falacia de los italianos, y les recomienda el uso de su idioma, que no cede en nada á ningun idioma extranjero. Esta última advertencia debia ser tambien la opinion de su soberano el duque Everardo, que era amigo de las ciencias sin saber latin.

Con la universidad de Tubinga tuvo la parte del sudoeste de Alemania su foco de instruccion, y para el centro fundó el elector de Sajonia, Federico el Sabio, otra universidad en

Wittemberg. Este príncipe, que reinó desde 1463 hasta 1526, mantuvo relaciones muy íntimas con el emperador Maximiliano. Era uno de los príncipes mas poderosos de Alemania, y tanto por esto como por su sabiduría y lo bien que gobernaba sus Estados obtuvo algunos votos, sin haberlos buscado, cuando despues de la muerte de Maximiliano se le eligió un sucesor. Era hombre pacífico, y solia decir que su nombre Federico (*Friedreich*) significaba *pacífico*; por tanto, no trató de ensanchar sus Estados, pero los conservó con solicitud y teson, y en las situaciones mas difíciles acertó siempre á tomar el camino mas conveniente; de modo que alguien dijo de él, que si no hubiese nacido príncipe, siempre habria llegado, cuando menos, á ser alcalde de su pueblo. Era precavido y lento en sus resoluciones, hasta leer, meditar y hacer enmendar diez y veinte veces todo documento antes de firmarlo, y por lo mismo protegió la reforma religiosa, que nació en sus Estados, con la misma parsimonia, continuando en el gremio de la Iglesia católica hasta su muerte. Oia misa cada día, hasta en sus viajes y en las cacerías; confesaba y comulgaba puntualmente; no blasfemaba y trataba á todo el mundo con cariño y mansedumbre; no maldecia á sus enemigos, y se contentaba con decir, cuando hablaba de ellos: «Dios les perdone.» Era bondadoso y caritativo, prefiriendo dar á prestar, por cuya razon le disgustaban las personas de corazon duro, y dijo en una ocasion de un noble: «Es un hombre malo, porque es duro para con los pobres;» calificación rara en su boca por lo severa.

Habia recibido una educacion excelente auxiliada por su buen talento natural, pero no llegó á ser erudito. Conservó hasta su muerte gratitud y cariño á su maestro. Sabia el latin, pero no le gustaba hablarlo, á lo mas mezclaba en sus discursos alguna cita latina, sobre todo de Catón y de Terencio, como era entonces costumbre para aparentar instruccion; pero le gustaba la sociedad de las personas eruditas, á las cuales favoreció de obra y de palabra, invitando á muchas á su mesa y encargando á las mas idóneas trabajos y misiones importantes. Su historiador y confidente, que refiere este rasgo de su carácter, cita una gran lista de varones notables empleados por este príncipe, de los cuales aquí solo citaremos á uno, que no figura en la lista porque es el mismo historiador, el mas eminente de todos. Era Jorge Spalatino, ó mejor dicho, Jorge Burkhard, natural de Spalt, en Baviera, donde nació el año 1485, y murió en 1545 en Altemburgo en Sajonia.

Era Spalatino hombre político, historiador, teólogo y humanista. Fué ministro de Federico el Sabio y de Juan, los dos hermanos co-gobernantes del electorado de Sajonia, cuya biografía, reinado y época escribió con notable talento, arte y verdad, con el auxilio de su excelente memoria y de gran copia de documentos valiosos. Era celoso partidario de Lutero y lo demostró en la citada obra al hablar de sucesos referentes á la nueva secta, como la quema de un mártir luterano en Viena en 1524, seguida á los pocos dias de un incendio que destruyó 800 casas de cal y canto, á lo cual añade: «Fué como si Dios hubiese querido decir: Quemais á los míos sin motivo, siendo inocentes; pues tambien puedo yo encender una hoguera y reducir á cenizas á los vuestros.»

En la vasta correspondencia que mantenía con otros humanistas de toda la Alemania, es donde se presenta este hombre mas simpático por su grandísimo celo y afición á las humanidades y en especial á la lengua y literatura griegas, cuando tan difícil era adquirir libros de esta clase, que en los primeros tiempos tenían que pedirse á Italia. Iguales muestras de grandes cualidades da en su correspondencia con Mutiano, su maestro y apóstol, hombre inteligente, de grandes ideas humanistas, que olvidó las pequeñeces y mise-

rias de la vida en el trato con el jóven y aplicado Spalatino, y este á su vez le profesó toda su vida un entrañable cariño que no pudieron debilitar sus divergencias en política y religion.

El tercer príncipe alemán que ejerció gran influencia en el desarrollo de la nueva civilizacion en su país, fué Alberto V, cardenal arzobispo y príncipe elector de Maguncia. Durante su larga vida, desde 1480 hasta 1545, dedicó su actividad con éxito vario á los objetos mas diferentes, aunque no siempre laudables. No era un patriota de los que en sus actos tienen ante todo á la vista los intereses de la patria; tampoco era hombre religioso de los que se dejan dirigir exclusivamente por su conciencia; era astuto, sabia ceñir el viento y conservar siempre su posición al través de los mayores peligros; admitió la dedicatoria de una obra escrita contra el poder temporal del papado; recibió mal á los defensores de la curia romana y enemigos de la corriente humanista; pero cuando vió comprometida su posición de príncipe de la Iglesia, persiguió á los protestantes, á quienes trató entonces de herejes, y ejecutó servilmente las órdenes é instrucciones de Roma. No obstante esta versatilidad política y religiosa, siempre fué amigo y protector sincero de las letras y artes, y el único soberano alemán que estaba rodeado de una corte de literatos.

Reuchlin, en la dedicatoria de un libro que envió á Alberto V, alaba las dotes extraordinarias, la erudicion y la pureza de costumbres de este príncipe y el apoyo material y eficaz que daba á los necesitados; pero temiendo ser tachado de adulador, se interrumpe exclamando: «¿A qué enumerar tus virtudes cuando basta verte rodeado de varones como Ulrico de Hutten, Enrique Stromer y Lorenzo Truchsess?»

El último de estos tres era chantre de la catedral de Maguncia, y hombre de nobles sentimientos, de ciencia, y teólogo favorable al movimiento intelectual moderno. Stromer era médico instruídísimo, no solamente en su profesion sino en toda la literatura clásica, y por lo mismo enérgico defensor tambien del estudio y proteccion de las humanidades; Hutten finalmente estuvo poco tiempo al servicio del elector de Maguncia, que le confió entre varios trabajos una comision diplomática á la corte de Francia. De este célebre humanista alemán hablaremos mas adelante, y por ahora nos limitaremos á algunas observaciones sobre dos de sus obras literarias, que se refieren á la corte de Maguncia, y sobre el hombre que introdujo á Hutten en aquella corte. Este hombre fué el caballero Etelwulfo de Stein, que vivió aproximadamente desde el año 1450 hasta el 1515, y cuya temprana muerte fué causa de que Reuchlin no agregara su nombre á los tres varones citados. Fué uno de los primeros nobles que en Alemania se dedicaron á estudios serios y que despues de haberse perfeccionado en las universidades de Italia y haber llegado á elevados puestos en su país, mantuvo estrechas relaciones con los hombres de ciencia y los poetas mas eminentes. Para él esta clase de personas era tan distinguida como la nobleza de título, y por eso preguntó á un noble, literato como él, que le hablaba de las personas de su clase: «¿De qué clase se trata? ¿De la clase noble ó de la docta? pues á las dos pertenecemos.» Sus muchas ocupaciones oficiales, pues era ministro principal del elector de Brandeburgo y su representante en el parlamento del imperio, no le dejaron tiempo para escribir obras, pero trabajó con incansable celo en favor de toda empresa intelectual; tuvo una parte no pequeña en la fundacion de la universidad de Francfort del Oder, y despues contribuyó á hacer de ella el centro de los nuevos estudios literarios. Cuando vió la de Maguncia y conoció que en realidad no era mas que una facultad de teología, aplicó toda su influencia para tras-

formarla en universidad modelo y academia de ciencia, á cuyo fin llamó allí gran número de elementos jóvenes y científicos entre los cuales figuró tambien el ya citado Ulrico de Hutten, al cual encargó un panegírico de Alberto V.

Hutten lució en este trabajo toda su elocuencia ampulosa de humanista. Empieza por los ascendientes del príncipe que dieron ya á conocer la grandeza de su futuro vástago; luego presenta al genio del Rhin y otras divinidades fluviales acudiendo á saludar al príncipe elector, elegido entonces por el cabildo de la catedral; despues le compara con Hércules, diciendo que en la alternativa de decidirse por un extremo, ha elegido la virtud, y le ofrece como modelo de moderacion, de conducta ejemplar y de protectores y amantes de las ciencias y artes.

No siempre fué adulador Ulrico de Hutten, y así lo probó en el prólogo antipapista de la obra de Valla sobre la donacion de Constantino, dirigido al mismo Alberto V, y en su diálogo sobre la vida de la corte, titulado *Misaulo*, nombre que significa *enemigo de las cortes*, porque el tal Misaulo es uno de los interlocutores y Casto el otro. En este escrito describe Hutten las cortes como lugares donde el hombre no es libre y que al mismo tiempo son focos de vicios y de enfermedades. Si el soberano es casado y tiene hijas, estas y su madre aumentan los peligros que pierden á tantos cortesanos. Casi todos los príncipes alemanes, dice, están arruinados á consecuencia de sus despilfarros, de sus excesos y de su afan de imitar á los que son mas poderosos que ellos; y el trabajo es para el pobre cortesano, que apenas consigue cobrar su sueldo mezquino, y á menudo ha de gastar lo suyo para servir á otro. A esto se agrega que los príncipes no saben ni elegir con acierto ni apreciar á sus servidores; buscan hombres atléticos y postergan á los pequeños, aunque sean los mas inteligentes y hábiles. Es evidente que salvo lo de la esposa é hijas del soberano, aludió Hutten en este diálogo á la corte de Maguncia, la única que conoció algo íntimamente y que dió lugar á muchas quejas.

Donde Hutten se solia encontrar mejor cuando jóven era ciertamente en su castillo, donde como amo y libre solo dependia de su soberano feudal; mas despues, sin embargo, reconoció la importancia moral y material de las ciudades, de las cuales decia que debian cooperar á evitar que la nacion alemana fuese la befa de las demás, que solo trataban de perjudicarla, es decir, que reconoció indirectamente que las ciudades eran los centros principales del poder intelectual.

CAPITULO III

LAS CIUDADES ALEMANAS

Uno de los rasgos mas interesantes del período de transicion de la Edad media á la moderna es el desarrollo político é intelectual de la clase media, concentrada en las ciudades amuralladas para resistir á los señores feudales y á los aventureros. Los habitantes, asegurados ya contra ataques brutales, aplicáronse á aumentar su industria, extender su comercio, vigorizar su colectividad por medio de una organizacion interior municipal y fomentar la nueva civilizacion.

En los siglos xv y xvi era ya considerable el número de las ciudades cuya prosperidad era una magnífica garantía para la robustez y pujanza de la raza alemana. Figuraba en primera línea Francfort del Mein, que entonces era ya la admiracion de los extranjeros, y entre las ciudades que se destacan como focos de la vida intelectual moderna eran las mas importantes Estrasburgo, Nuremberg y Augsburgo, sin contar muchas otras, famosas por alguna escuela ó universidad.